El agua siempre ha sido mi sino

Alejandro Juárez Ascencio
Investigador y fotógrafo

–El agua siempre ha sido mi sino.

No sé cuántas veces habré escuchado la misma frase en la voz de mi madre para quejarse de la falta de agua o de su mala calidad. Sino, sino, sino… Qué forma de nombrar un problema, una carga, o una cruz. *Sino* no era una palabra común en los rumbos de San Lorenzo; no era una palabra común hace cuarenta años y creo que ahora tampoco lo es.

A Graciela, mi madre, le gusta utilizar ese tipo de palabras. Vocablos poco comunes que pocas personas conocen, que se utilizan poco, o que se ubican perfectamente en la clasificación de "palabras domingueras". Sabe que ha leído más que la gente vecina y le gusta demostrarlo con ese tipo de expresiones. Ella negará ese disfrute personal, pero en el fondo sabe que existe.

El agua siempre ha sido mi sino. Escuché tanto la misma frase y entendí tan tempranamente su significado que en mis primeras memorias está el saber que no teníamos agua. Nos bañábamos a jicarazos en un pequeño baño pintado de verde pistache. No teníamos regadera. Eso, que parecería algo tan común para mucha gente, no lo era para mí. Tan era así que cuando me quedaba a dormir en casa de alguno de mis muchos primos me emocionaba saber que me bañaría en regadera.

Mis primeros años los viví en San Lorenzo Tezonco, Iztapalapa. Hace más de cuarenta años San Lorenzo era todavía semirrural. Aunque ya se estaba fraccionando aún había muchos sembradíos. Hombres a caballo arriaban vacas o iban a los maizales que ya jiloteaban para cosecharlos. Los caminos eran de tierra, no había drenaje y, por supuesto, no había agua corriente.

Al principio tampoco había electricidad. Mi madre, una mujer joven que había crecido en la ciudad se mudó a San Lorenzo con un refrigerador y una vieja lavadora color rosa con blanco, de esas redondas con rodillos para exprimir, pero no había dónde conectarlos. Había que lavar a mano y comprar menos comida para que no se echara a perder.

Un día llegó la energía eléctrica. Los trabajadores de Luz y Fuerza del Centro pasaron por la calle de tierra y marcaron dónde colocarían los postes. Decidieron que justo en la entrada de la casa de Graciela pondrían uno. Ella salió como fiera y les dijo que no, que lo movieran.

–Este es el lugar que toca, señora, para que los postes estén a la misma distancia.

–¡No, señores! Háganle como quieran, pero no lo pondrán frente a mi casa.

Graciela era muy brava. Gritaba mucho, mucho, pero ella siempre decía que más bien "hablaba fuerte". Los trabajadores terminaron por recorrer el poste unos metros. Ahora ya tenía electricidad y podía conectar su refrigerador, pero no tan fácilmente su lavadora, porque no tenía agua corriente.

Por aquel entonces mi madre juntaba el agua en unos tambos grandes de metal que consiguió Joel Juárez, su marido. Al principio no teníamos barda, así que venían las vacas de los vecinos a tomar agua de los tambos. A Graciela le enojaba eso. El agua se conseguía con los burreros, hombres que pasaban con burros o caballos cargando agua en recipientes de metal donde alguna vez se llevó leche; a veces venían en una carreta. Llenar un tambo costaba cinco pesos.

De vez en cuando también pasaba la pipa por la única calle pavimentada, que estaba a cuatro cuadras cuesta arriba de la casa de Graciela. "¡La pipa! ¡La pipa!" gritaba el mujerío. Salían entonces las señoras con sus tambos vacíos. Los llevaban girando hasta esa calle pavimentada y los formaban a lo largo de ella para que al pasar la pipa llenara los tambos. Después de eso había que acarrear el agua hasta cada casa hasta que el tambo quedara vacío para poder llevarlo nuevamente de regreso. Había que acarrear rápido el agua porque si otra familia tenía más cubetas y más brazos, se la robaban. Graciela acarreó tanta agua que, estando embarazada, perdió un hijo. O al menos ella se lo atribuye a eso.

San Lorenzo no era como es hoy, un lugar árido y caliente con pocos árboles, lleno de planchas de asfalto y casas con una inconfundible fachada de ladrillo gris y cemento. No, San Lorenzo no era así; era un lugar húmedo y

frío. Muchas veces ocurrió que en las mañanas había una pequeña capa de hielo en donde juntaban el agua, sobre todo en invierno. También había muchos sapos que croaban cuando llovía. Había insectos de a madres: chapulines, mayates verdes y cafés, escarabajos, arañas, etcétera.

En las noches claras podíamos ver murciélagos volar. Nunca vi víboras, aunque mi madre dice que sí había. También teníamos gallinas, conejos y una pequeña huerta. Años después hasta tuvimos dos puercas (sé bañar cerdos). Debido a la huerta siempre había verdolagas para comer. Joel Juárez llevaba a vender los huevos y los conejos. Era un mecánico que decidió estudiar y se convirtió en empleado bancario. A principios de los ochenta, en plena crisis económica, utilizaba su auto particular como colectivo. Subía ilegalmente pasajeros y vestido de traje y corbata cobraba el pasaje. Había que sacar dinero de donde fuera.

Ellos llegaron a San Lorenzo porque ahí podían comprar un terreno. A mediados de los setenta el gobierno decretó que se podía fraccionar y lotificar el ejido. Joel Juárez le dijo a Graciela, quien le dijo a Daniel Ascencio, mi abuelo. Él les recomendó ir a ver las propiedades. San Lorenzo era un lugar lejano, más que ahora, pero la posibilidad de adquirir tierra era atractiva. Viajaron a Taxqueña, y de ahí hasta Culhuacán, donde tomaron la vieja carretera México-Tulyehualco que llegaba hasta el Canal de Garay, donde aún se veía uno de los antiguos puentes virreinales. Más adelante, antes de llegar al cementerio civil de San Lorenzo, estaba la calle de Aldama, la única que comunicaba con el ejido recién seccionado.

Vieron los terrenos, de 200 metros cada uno. Fueron a la comisaría ejidal donde les mostraron el decreto para asegurarles que todo era legal. Aún no se decidían cuando Daniel Ascencio les dijo que compraran. Él, en su juventud, dejó pasar la oportunidad de tener terrenos a lado del antiguo río Churubusco, en la zona de Coyoacán.

–Me equivoqué. Dije "Uy, no. De aquí a que entuben el río y haya servicios falta mucho". Y me equivoqué. Ustedes no se equivoquen. Compren.

Graciela y Joel compraron. Incluso mi abuelo también compró el terreno de a lado de donde ellos eligieron. Cerraron el trato y empezaron a juntar para construir. Un día estando en el terreno pasaron personas del gobierno haciendo mediciones. Les preguntaron cómo se llamaba esa calle. Mi abuelo los miró y contestó "Paraíso" y así se le quedó el nombre a la calle.

"Paraíso". El nombre elegido era un deseo más que una realidad. Vivir ahí era duro. Al principio Joel y Graciela tenían el único carro de la colonia. Una vez les preguntaron si podían prestarlo para llevar a una novia el día de su boda. "Pero el auto no está bonito como para una boda", respondió Joel Juárez, a lo que le replicaron: "Pero ustedes tienen auto. Nosotros no". Y así fue como llevaron a una novia el día de su boda.

Las calles de tierra se volvían lodazales en temporada de lluvias. Cuando hubo más autos era frecuente verlos atascados en el lodo. A Joel Juárez también le pasó. Para evitar esto, aunque fuera un poco, cortaba el pasto que crecía en la casa con una hoz y lo esparcía en la calle frente a donde vivíamos. La idea era que cuando se secara compactara la tierra y la hiciera más firme. No sé si funcionaba, supongo que sí.

A pesar de estos inconvenientes, las lluvias eran bien recibidas, ya no por el beneficio a los sembradíos, que poco a poco cedían espacio a las casas, sino porque la gente podía juntarla para sus necesidades diarias. Mi mamá era de esas personas que juntaban el agua de lluvia. Ponía los tambos y cubetas disponibles con una tela encima que servía de colador.

Agua, siempre agua. Vinieron hombres del gobierno para según atender el asunto; dijeron que había que meter tubería. Eso fue a finales de los setenta y principios de los ochenta. Mi madre me lo contó, pero ya no se acuerda bien de cuándo fue. No había dinero para contratar trabajadores, así que el gobierno puso los materiales y a los ingenieros y le dijeron a la gente que hiciera los hoyos. Joel Juárez tomó su pala y su pico y se fue a trabajar para que hubiera agua.

Metieron drenaje, así que la fosa séptica que habían construido Joel Juárez y Graciela Ascencio ya no fue necesaria. Según también metieron agua potable, que en realidad estaba lejos de serlo, pero así le llamaba el gobierno. Eso no ha cambiado. Hasta la fecha, el líquido que sale de la red de "agua potable" está más cercana a ser lodo que agua.

Desde que tuvo agua, mi madre ha puesto trapos viejos en los grifos y tomas para que filtren un poco la tierra con la que llega. "Tienes que poner filtros", me han dicho algunas personas a las que les he platicado la situación. ¿No'mbre? ¿En serio? ¿De verdad creen que no lo habíamos pensado antes? Hay tres filtros en la casa de Graciela: uno de la toma de la calle a la cisterna, otro de la cisterna al tinaco y otra del tinaco a la red de la casa. Aún con todo

eso el agua sigue saliendo café. También me han dicho que hay que lavar el tinaco. Claro, otra "gran idea" que seguramente no se nos había ocurrido.

Cuando tenía un año enfermé de septicemia. Me internaron y al poco enfermé de meningitis. Para controlar la septicemia me hicieron transfusiones y una tía que me donó sangre olvidó que había tenido hepatitis, así que también enfermé de hepatitis. Duré un mes internado y le dijeron a mi madre que iba a morir, pero no ocurrió. Me recuperé y sané. Pobrecita Graciela, los médicos le dijeron que me había enfermado por tanto polvo que había en San Lorenzo. La falta de agua, de algún modo, volvía a ser su sino.

Parecen un sueño distante estas imágenes que retomo de mi memoria. Tezonco ha cambiado. Ya no hay insectos por doquier, ya no se ven murciélagos en las noches de luna llena, ya no hay ranas ni sapos que croan en la lluvia, las calles ya están pavimentadas, ya no hay sembradíos. Desaparecieron ante lo que llamaron progreso.

En treinta o cuarenta años, quienes llegaron primero a hacer la colonia en medio de esas calles llenas de tierra y lodo, habrán muerto. Los hombres que hicieron los hoyos para meter las tuberías ya empezaron a morir, Joel Juárez ya se les unió. Algunas memorias serán rescatadas por gente con amor al terruño, gente que también sabe lo que fue llegar ahí (yo conozco a uno), pero para la mayoría eso parecerá distante y extraño. Sin embargo, hay algo que sí les será cercano y familiar, que no ha cambiado en años y que no ha caído en el olvido porque siempre es presente: casi no hay agua.

Graciela ya casi no dice que el agua es su sino, pero de vez en cuando se queja de ella. Tal vez la edad, que es cercana a los ochenta años, le ha dado algo de resignación. Tal vez también es que ahora va todos los días a la iglesia y dice que a medida que se acerca a su muerte prefiere estar en paz "con el de allá arriba". O tal vez es una combinación de las dos porque prefiere "ofrecérselo a Dios".

Graciela sigue juntando el agua de lluvia. Con ella lava ropa y dice que queda más limpia que con la que sale de la tubería. Ha mejorado en la recolección. Mandó construir un tapanco donde el agua corre por el techo hasta una tubería que da a unos tambos de plástico (siempre ha habido tambos en su casa). Dice que, "si Dios le presta vida", lo mejorará más.

"Si Dios le presta vida". Las mujeres de su familia son longevas. Su madre, mi abuela, murió a los 99 años, a unos meses de cumplir 100. Su tía, hermana

de su madre, también murió cerca de los 90. Eso significa que si Dios le presta vida a mi madre le quedarán más o menos entre 10 y 15 años por delante. Al pensar esto escucho una voz en mi cabeza que me dice que no es mucho tiempo en realidad. Me angustio brevemente, siento esa pequeña e incómoda opresión en mi pecho que desea poder hacer las cosas mejor y que se acompaña de un tic-tac, tic-tac no tan imaginario. Sin embargo, por los 45 años que tengo de conocer a Graciela sé que es difícil de complacer.

Me habría gustado lograr que no se preocupara más por el agua. En un breve sueño estuve cerca de conseguirlo, pero se esfumó. Eso me entristeció; quería regalarle eso, que supiera que ya no sería su sino y que al menos en los últimos años de su vida tendría buena agua… Pero no fue.

Ahora sólo pienso en esos 10 o 15 años que nos restan a los dos para convivir. Qué singular conciencia, a veces incómoda y triste, pero también agradecido de conocerla. Tendré que administrar mejor mis tiempos y decidir qué sinos enfrentar.